El populismo, evolución patológica de la democracia

Posted on 20 de febrero de 2019 by Félix Ovejero Lucas

Al ocuparse de asuntos como el populismo se imponen, antes de entrar en materia, un par de advertencias, de invitaciones a la cautelaRevisión de una conferencia impartida en el «Primer Seminario Internacional para repensar el futuro ante la era Trump», invitado por el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, en Ciudad de México en julio de 2017. El texto incluye argumentos parcialmente expuestos en diversos trabajos.. La primera, de orden general, se refiere a la eterna tentación de desayunarnos cada mañana con un nuevo fenómeno histórico, ante una nueva tendencia política. Sucede en esto como con los partidos del siglo, que hay uno cada semana. Se vio con Syriza, recibida como la revitalización de la izquierda y, hace menos tiempo, con Emmanuel Macron, acogido como señal de un nuevo amanecer ideológico, como la vanguardia de un movimiento de renovación ideológica, olvidando que ganó las elecciones por una singular conjunción de circunstancias: el sistema electoral, el temor a Marine Le Pen, una izquierda destartalada y rivales impresentables. Vamos, por chiripa, por carambola. Como le sucedió, por cierto, a Donald Trump. No digo que no podamos detectar alguna regularidad aquí y allá, pero conviene prevenirse frente a nuestra necesidad intelectual, seguramente asentada en nuestro cableado mental, de encontrar sentido, de atribuir orden y guion donde no hay más que concatenación de circunstancias. No descartemos que con el populismo suceda algo parecido o, dicho de otro modo, que en dos días se extinga la «tendencia histórica.

La segunda advertencia responde a la tan extendida contraposición entre dos populismos: de izquierda y de derecha. Esa contraposición presume que la distinción, entre populismos de derecha y de izquierda, es posible. Un supuesto que, cuando menos, no está fuera de disputa. No voy a entrar en ello ahora, pero no resisto la tentación de exponer al lector a un experimento. Lean el siguiente programa de un partido político, a ver si adivinan a quien pertenece:

> Luchamos por la independencia nacional, la soberanía del pueblo y la limpieza política. Para castigar a todos aquellos que invierten en el hundimiento de nuestra Patria y se benefician de ello. Para mandar a los políticos y funcionarios ladrones a la cárcel y al mismo tiempo para confiscar las propiedades de todos los que abusaron de los fondos públicos.

> El pueblo debe decidir los asuntos nacionales y sociales más importantes. Las personas deben ser verdaderamente soberanas, y no ser llamadas cada cuatro años a responder ante dilemas falsos. Para alcanzar estos objetivos, debemos obtener la mayoría absoluta en el Parlamento, y así hacer posible la Revisión Constitucional.
>
> Catarsis política: abolición de la inmunidad parlamentaria y de la ley sobre la responsabilidad del Ministro. La vida política pública será limpiada de corruptos y traidores. Los sospechosos serán juzgados en un tribunal especial, los culpables será encarcelados y sus propiedades confiscadas.
>
> Soberanía del Pueblo: se llevarán al cabo referendos para cada tema nacional importante […]. El pueblo nunca ha tenido voz ni voto en las decisiones políticas importantes, pues el Régimen tiene pavor a los referendos.

Esto, que podría firmarlo Podemos, es el programa de Amanecer Dorado, la extrema derecha en Grecia.

Naturalmente, no hay que tomarse demasiado en serio el experimento. Se trata de una pequeña broma que no permite alegres inferencias ni generalizaciones precipitadas. Pero sí invita a dudar de la existencia de una contraposición esencial entre los dos populismos, de que las calificaciones de izquierda y derecha mitiguen al sustantivo «populismo». Algo que, después de todo, no puede sorprender a nadie. Se ha repetido hasta la fatiga que el populismo no es un programa, sino un formato, una estrategia, un estilo, un *marketing*. El significante vacío y flotante, ya sabenErnesto Laclau, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.. El hipermoralismo que rezuma el pasaje citado, y que nada dice acerca de contenido en ideas del proyecto, es una muestra. Y no el único: la apelación a las emociones; la exclusión del rival político –descalificado por «antipatriota»– de la condición de ciudadano; el voluntarismo, la proclama de que si no se cambian las cosas es porque no se quiere, porque hay traidores; la apelación al pueblo como una unidad compacta, sin fisuras; la identificación de un enemigo genérico o de perfiles imprecisos (la casta, la elite, los extranjeros); la conexión directa sin mediación institucional entre el sentir del pueblo y el líder, que patrimonializa la interpretación de la voluntad popular. Como se ve, no estamos ante genuinas tesis políticas ni ante disputas normativas, no se habla de valores (igualdad, libertad, etc.), sino, si acaso, de trato con los valores. Con honestidad, coherencia y autenticidad puede llevarse tanto una comuna jipi como un convento. Con esos mensajes, en realidad, lo que se demanda es un contrato en blanco, incondicional, para hacer lo que se quiera. Los programas políticos pierden todo compromiso. Se quedan sin contenido. Es en

ese sentido en el que, a mi parecer, cuando se trata de populismo, el clásico eje izquierda/derecha se emborrona bastante.

Se ha repetido hasta la fatiga que el populismo no es un programa, sino un formato, una estrategia, un estilo, un *marketing*

En todo caso, las dos advertencias –que, como digo, no hay que tomárselas muy en serio– sí que creo que me sirven de disculpa o de justificación para un desplazamiento en el foco de mi reflexión. Voy a ocuparme del populismo, pero sólo en el marco de otro asunto más importante, sobre el que creo que sí cabe establecer alguna conjetura más firme: la crisis de los proyectos de izquierdas y su rebrote en forma de populismo sobre el horizonte de los problemas de la democracia. En apariencia es un asunto más complicado, de más ambición. Es posible, pero también creo que arriesgo poco, que puede decirse algo menos impresionista que sobre el populismo, un asunto en el que es difícil escapar al género periodístico. Sencillamente, nos falta perspectiva. Poco más o menos aquello que dicen que contestó Zhou Enlai a Henry Kissinger cuando este preguntó al dirigente chino su opinión sobre el impacto que la Revolución Francesa: «Todavía es demasiado pronto». Bueno, en realidad, la anécdota no es del todo así, pero esa es otra historia.

Dedicaré una particular atención a la quiebra de lo que parecía el proyecto definitivo de la izquierda, el bienestarista, asentado sobre el par democracia y mercado. A mi parecer, fenómenos como el populismo, como los populismos, no se entienden si abordar la crisis de ese modelo. Comenzaré por un rápido repaso a la historia de los proyectos de la izquierda, que nos dejará en puertas del marco político que ahora parece dar síntomas de crisis, de su incapacidad para dar respuestas a los retos colectivos más importantes. Ese modelo y, en general, nuestros sistemas democráticos, se «diseñaron» –y más abajo explicaré el sentido de las comillas– para funcionar con un tipo de ciudadanos que, en determinadas circunstancias, constituyen el mejor fermento para el populismo.

Cuatro modelos. Una historia conceptualFélix Ovejero, *Proceso abierto. Socialismo después del socialismo*, Barcelona, Tusquets, 2005.

Los proyectos políticos transformadores pueden entenderse como una extensión de la racionalidad práctica, individual: tenemos un objetivo y nos preguntamos si es realizable, posible, y cómo podemos acceder a él. Esto es, las preguntas serían: a) cuál es la meta, la buena sociedad; b) si es realizable, estable; c) cómo podemos llegar a ella. Sin duda, alguien podría discutir si ese guion –válido, en general, para la vida de cada cual– sirve también en los asuntos colectivos, en los que abundan los efectos imprevistos y resulta difícil, cuando no imposible, anticipar los cursos de la historia. Nos lo enseñó Karl Popper en sus críticas a lo

que él llamaba historicismo y en sus reflexiones sobre los límites de la ingeniería socialKarl Popper, *La miseria del historicismo*, trad. de Madrid, Alianza, 2005 (ed. original de 1957)., aunque, si se trata de resumirlo, prefiero la eficaz síntesis de Mike Tyson: «Todo el mundo tiene un plan hasta que le parten la cara». En todo caso, con justificación o sin ella, ese ha sido el esquema general de las intervenciones políticas y de él me serviré en mi acelerado repaso de cómo han sido las cosasVéase, para más detalle, Félix Ovejero, *La deriva reaccionaria de la izquierda*, Barcelona, Página Indómita, 2018, introducción.. Aviso que es una reconstrucción conceptual, tosca en el detalle, por no decir falsa, pero suficiente para dibujar los rasgos de los diversos proyectos de izquierdas: los que existieron y que, de algún modo, todavía conviven (aunque yo aquí los presente en sucesión temporal). En lo esencial, pueden reconocerse cuatro guiones: el utópico/familiar; el mecánico/marxista; el antropológico/comunista; y el bienestarista/socialdemócrata.

1. El modelo utópico/familiar. Se trata del socialismo que, retrospectivamente, se dio en calificar como utópico, el premarxista. Se caracterizaba por una afirmación de fines, de valores, por la despreocupación de cómo acceder a la buena sociedad y por la estabilidad de ésta (por la manera de institucionalizarlos). Era una especie de extensión de la mejor idea de la familia, en la que los mecanismos de distribución se rigen por algo parecido a una fraternidad generalizada (no se reparte según el esfuerzo o el mérito, sino por la necesidad) y no aparecen los problemas de coordinación informativa a los que se enfrenta una sociedad medianamente compleja: qué producir, para quién, en qué cantidad. El modelo, si queremos retenerlo con una imagen, sería el de un campamento de *boy scouts*, sin perversiones, o una comuna jipi, con ellas. Una buena familia no disputa por el reparto de un pastel porque todos piensan en todos, porque asumen como propios los intereses ajenos. La política, si acaso, consistiría en agitar las conciencias: la educación propiciaría buenos sentimientos.

2. El mecánico/marxista. Estoy pensando en lo que pretenciosamente se llamó socialismo «científico», optimista y racionalista. Podría decirse que traducía la vieja teleología natural al lenguaje de la teoría social: un ramillete de procesos parecían resolver a la vez el cómo llegar, el destino y la estabilidad de la buena sociedad. La sociedad capitalista desataba una serie de mecanismos endógenos responsables de su crisis y de su sustitución por una sociedad de la abundancia en la que se diluirían las contradicciones sociales. Vale la pena recordar algunos de esos mecanismos. El primero, de naturaleza económica, es la llamada *«ley de caída tendencial de la tasa de beneficio»*. La competencia induciría a los capitalistas a sustituir trabajo por maquinaria, con el resultado imprevisto (no deseado) de que socavarían su fuente de beneficio. El segundo describiría la naturaleza (supuestamente) limitada de la expansión capitalista: mientras, por una parte, el capitalismo desata necesidades de consumo, se muestra, por otra, incapaz de satisfacerlas, tanto por su propia

condición explotadora, derivada del sistema privado de apropiación, como por las limitaciones que impone al potencial productivo (al frenar el crecimiento de las capacidades productivas, incluido el desarrollo de los talentos humanos). Un tercer mecanismo se refiere a la acción colectiva: el desarrollo del capitalismo, al expandir la gran empresa, propicia las condiciones (el trato continuo entre los trabajadores en la gran fábrica, por resumir) para la revolución por parte de una clase obrera que reúne la condición de socialmente mayoritaria, indispensable, en tanto fuente de la riqueza colectiva, explotada, y beneficiaria de la revolución; esto es, el propio capitalismo, en su crecimiento, propiciaba la aparición tanto de las circunstancias como de los protagonistas de su final. La argumentación se completaba con una tesis general sobre el curso de la historia en la que se imponía el crecimiento de las fuerzas productivas que haría estallar un sistema de propiedad privada que embridaba el crecimiento. Una tesis muy importante porque suponía que la buena sociedad era una sociedad de la abundancia. Y, en abundancia, las contradicciones sociales se disuelven, no hay que preocuparse de cómo organizar las cosas, de cómo distribuir recursos escasos. Tampoco importa si los individuos son egoístas o altruistas: cada cual tendrá lo que quiera. Si disponemos de un pastel de tamaño infinito, no hay que darle vueltas a cómo distribuirlo: cada uno cogerá lo que quiera. La política, en el fondo, sólo reclamaba dejar operar al curso de la historia. Si se quiere, la no política.

3. Antropológico/comunista, el que asociamos a la revolución rusa. En lo esencial, asume que la realización de la buena sociedad, extinguido el capitalismo, es simplemente cuestión de voluntad. Una vez eliminada la propiedad privada, la llegada de la buena sociedad sería inmediata: la sustitución del mercado se traduciría en una sociedad trasparente en sus transacciones como lo es la familia, sin las distorsiones fetichistas propias del intercambio mercantil; la desaparición de las clases supondría el fin de los conflictos y diferencias sociales; el final de la competencia y la explotación permitiría emerger a lo mejor de la naturaleza humana, hasta ahora maleada por la sociedad capitalista y dispuesta desde ahora a cooperar incondicionalmente. Una variante de la comunión de los ángeles. En realidad, en su inspiración inicial, el ideario era casi anarquista. Si todos nos preocupamos por el bienestar de los demás, no se necesitará establecer reglas (instituciones) para repartir un pastel que, además, será enorme, porque habremos contribuido voluntariamente a prepararlo. Desgraciadamente, las cosas no fueron así. El socialismo se enfrenta a verdaderos retos de incentivos, de asegurar que los individuos cooperen cuando tienen asegurada su parte en el producto social, y, sobre todo, de coordinación. Incluso con la mejor naturaleza humana hay que organizarse: el resultado es igualmente catastrófico tanto si decenas de *brokers* salen corriendo de una discoteca incendiada al grito de «¡Sálvese quien pueda!» como si se trata de un grupo de monjes que, mientras se hunde su monasterio, se

ceden todos el paso, se dicen mutuamente: «Usted primero». Y lo peor acabaría por llegar: cuando se asume que el origen de los problemas es del sistema o del capitalismo y ya no hay sistema o capitalismo, los primeros sospechosos son los ciudadanos, descritos como saboteadores o traidores. En el mejor de los casos, candidatos a reeducación. Y ya sabemos cómo acabaron esas cosas.

4. Bienestarismo/socialdemócrata. El último modelo me interesa especialmente, porque, de un modo u otro, hemos acabado instalados en él, en alguna de sus variantes, al menos en Europa. A él venía a referirse el Fukuyama del «fin de la historia» y, a mi parecer, sus problemas de estabilidad son los que están en el origen de los brotes populistas. Arranca de dos escepticismos. El primero, antropológico: hay que abandonar el supuesto de que, sin buenos ciudadanos, no hay buena sociedad, de que, por recordar una fórmula acuñada, «no hay socialismo sin hombres nuevos socialistas». El segundo, institucional, que, en cierto modo, es una implicación del primero: no cabe aspirar a una alternativa global al capitalismo. Debemos aceptar que, en general, los ciudadanos no son virtuosos y, si acaso, diseñar las instituciones para que, mediante un adecuado sistema de incentivos, sus comportamientos se encaucen en la buena dirección. Una Constitución también *para un pueblo de demonios*, que diría Kant: incluso con egoísmo pueden conseguirse buenos resultados siempre que se diseñe bien la institución. Las dudas acerca de la posibilidad del «hombre nuevo» está en el origen de una doble apuesta/resignación institucional: la combinación de mercado y de democracia de representantes. La idea general es que la buena sociedad, incluida la que tiene aspiraciones igualitarias, no podrá prescindir del mercado como mecanismo de coordinación de los procesos económicos, aunque, eso sí, habrá que corregirlo en sus patologías más agudas, entre ellas las distributivas y las que afectan al bienestar. Y ahí aparece la democracia, entendida como un sistema de competencia entre partidos políticos: recogería las preferencias/votos de los ciudadanos y las atendería a través de propuestas políticas. No cabe dudar de la coherencia del modelo: precisamente porque los ciudadanos no son particularmente virtuosos, el mercado es el mecanismo económico y la democracia de representantes, en la que los votantes delegan la gestión a unos políticos profesionales que compiten por su voto, el mecanismo político. El pastel puede distribuirse en trozos iguales, incluso con egoístas, si se cuenta con las instituciones adecuadas. Basta con dar con el procedimiento pertinente. Por ejemplo, que quien corta los trozos se queda con el último pedazo.

La crisis del modelo bienestarista

El Estado del bienestar será la traducción en clave socialdemócrata de ese guion. La intervención pública era el modo de responder a los fallos del mercado: su incapacidad para suministrar ciertos bienes (públicos); sus ineficiencias en muchas circunstancias

(fundamentalmente, externalidades); sus asimetrías informativas que lo conducían al colapso. Se trataba de asegurar una eficiente asignación de recursos, esto es, desplazar al límite la frontera de posibilidades productivas y estar así en condiciones de maximizar el bienestar agregado. Las intervenciones redistributivas se justifican en ese mismo lote, por la eficiencia. Keynes había recordado que en el capitalismo no hay garantías de que el ahorro se traduzca en inversión o consumo. Por ello, para asegurar que la demanda cumpla su función activadora de la economía, hay que actuar, directamente, a través del gasto público, o, indirectamente, redistribuyendo en favor de los pobres, con una mayor propensión al consumo: ante un aumento igual de la renta, destinan una mayor parte a la demanda de bienes. La intervención se justificaría por la maximización del bienestar agregado. La equidad, desde esa perspectiva, era instrumental. La clase media era la beneficiaria circunstancial de una igualdad que beneficiaba a todos y, por ese camino, una garantía de mayorías electorales estables.

Por su parte, el mecanismo democrático se encargaría de identificar las demandas a satisfacer. Los ciudadanos, a través de sus votos, expresarían sus preferencias y los empresarios/políticos competirían por dar respuesta a sus peticiones. Los ciudadanos, ignorantes y egoístas, a través de las votaciones, se mostrarían capaces de seleccionar a los santos y sabios, al igual que los consumidores incapaces de freír un huevo identifican al mejor cocinero y penalizan al torpe con sus elecciones entre restaurantes. La democracia como un sistema de selección de los mejores, de los más lúcidos para identificar los problemas de la vida colectiva y los justos a la hora de buscarles solución. La competencia política, de ese modo, permitiría filtrar «las opiniones del pueblo pasándolas a través de un órgano electo de ciudadanos, cuya sabiduría mejor pueda discernir los verdaderos intereses de la nación y cuyo patriotismo y amor a la justicia tenga menos probabilidades de ser sacrificado por consideraciones parciales o circunstanciales» (James Madison, *Federalist No. 10*) A veces, la argumentación se completa con una conjetura empírica que establece un vínculo causal entre la democracia y alguna versión del utilitarismo, bajo la idea general de que la democracia permitiría satisfacer los deseos del mayor número de individuos. Escuchar los deseos de la mayoría supondría, por definición, maximizar el bienestar agregado.

La realidad era muy otra. El modelo económico, por lo pronto, sólo funcionaba en ciertas condiciones. Entre ellas, una muy especial: que se tratase de una economía cerrada, «nacional». Un supuesto, sencillamente, irreal. Pero, además, había problemas de estabilidad asociados a la naturaleza de las intervenciones públicas, que no tenían que ver con la eficiencia o la distribución justa, con demandas avaladas por buenas razones, sino con la capacidad de negociación de los distintos grupos con poder para tironear del presupuesto; esto es, con fuerza negociadora, recursos para cubrir los costes de coordinación, capacidad

organizativa y objetivos claros. Cada uno procura por lo propio y desatiende lo de todos. Una huida hacia adelante a la que los políticos, si querían llegar al poder, sólo podían responder aplazando los problemas, legándolos a las generaciones futuras. El «pan para hoy y hambre para mañana». La ausencia de responsabilidad por las preferencias, en un marco de laxitud presupuestaria, alienta el reclamo de ventajas distributivas (subvenciones a ciertas industrias, inversiones en algunas regiones, etc.) por parte de ciudadanos organizados o de segmentos políticos minoritarios con capacidad de influencia (grupos con votos decisivos concentrados territorialmente o con un único objetivo). Unas demandas a las que los políticos accederán mientras puedan diluir los costes en la comunidad sin encontrar resistencia. Una circunstancia que alienta la reproducción del mecanismo en una inacabable competencia de exigencias y presiones. Incluso más: el hecho mismo de que las demandas que se consideren no sean las más justas, sino las que tienen mayor capacidad de hacerse presentes, desinhibe a los ciudadanos a la hora de hacer reclamaciones, sabedores de que nadie tiene que justificar sus preferencias ni sentirse responsable de ellas. La estrategia está clara: hay que anticiparse a otros cuyas razones no son mejores.

En ese sentido, el sistema democrático, en lugar de introducir racionalidad y justicia, empeora las cosas. Por circunstancias que no es cosa de desarrollar ahora, pero que tienen que ver con sus asimetrías informativas entre políticos y ciudadanos, los mercados políticos están lejos de parecerse a los mercados económicos. Los ciudadanos sin virtud, desinformados y egoístas, a través de las elecciones, no identifican a los santos y sabios, sino que, al revés, premian a los peores. Un caso del manual de selección adversa, de los mercados ineficientes de la economía. El resultado no sólo es que no se reconocen los méritos de los buenos políticos, sino que la dinámica de la competencia induce a todos a escamotear los problemas. El mecanismo es particularmente perverso. Para llegar al poder hay que prometer todo a todos; aún mejor, evitar los mensajes desagradables y desdibujar las propuestas que puedan incordiar a potenciales votantes, porque, como bien sabemos, perder nos disgusta más que nos alegra ganarFélix Ovejero, *Incluso un pueblo de demonios*, Madrid, Katz, 2008.. A mayor ambigüedad, más clientes. Las propuestas mejor a bulto, puesto que precisadas siempre resultan antipáticas para alguien, con voto o con poder. Si acaso, moralizar en el vacío. Y si hay que hacer listas de culpables, es de mucha utilidad poner el foco en aquellos que no tienen posibilidad de hacer oír su voz, sin voto: los emigrantes, por ejemplo. Por cierto, que quizá cabría entender como una variante de esos programas para todos, que al fin son para nadie, las propuestas multiculturalistas, que incorporan reclamaciones identitarias incompatibles entre sí o directamente reaccionarias. Lo que importa son los nichos de votos, ampliar la lista de los reyes magos. La consistencia es lo de menos.

Una máquina imparable que imponía prometer soluciones mágicas. Jean-Claude Juncker, exprimer ministro de Luxemburgo y más tarde presidente de la Comisión Europea, lo expresó en negativo: «Sabemos exactamente lo que debemos hacer; lo que no sabemos es cómo salir reelegidos si lo hacemos». Para llegar al gobierno hay que ponerse de perfil ante burbujas que nadie se atreve a abordar, déficits y deudas sostenidos a lo largo del tiempo, conflictos enquistados (industrias obsoletas, oligarquías bancarias) que «garantizan la estabilidad» a cambio de aplazar y cebar los problemas: pensiones debilitadas por cambios demográficos, recursos naturales que no dan más de sí, problemas ambientales que algún día habrá que encarar, amenazas terroristas en cocción, potenciales epidemias que por el momento no alcanzan a nuestro mundo. Nadie gana las elecciones anticipando malas noticias. Y, además, ya sabemos, por la psicología y por los matrimonios encanallados, que las pérdidas concretas, de lo que ya tenemos, disgustan más que entusiasman –al menos, hasta el punto de conducir a tomar decisiones– los beneficios potenciales, por muy grandes que puedan ser. Los votantes ignoramos lo que no queremos escuchar.

Para llegar al gobierno hay que ponerse de perfil ante burbujas que nadie se atreve a abordar, déficits y deudas sostenidos a lo largo del tiempo

Un modelo de esas características difícilmente puede considerarse estable. En rigor, ni siquiera es un modelo, al menos en el sentido habitual en el que, por ejemplo, hablamos de un «modelo de conducta», de un ideal a perseguir o procurar. En realidad, en la presentación común como «modelo» hay no poco del hábito de la ingeniería retrospectiva, de pensar que es resultado de una planificación lo que no es más que la secuencia final de decantaciones históricas. Y es que el Estado del bienestar no es un modelo que se dibuja en una pizarra y luego se ejecuta, como el del ingeniero que levanta el puente que antes planificó. Si acaso, retrospectivamente, podemos construir un modelo teórico, para entender lo que pasó, como se construye un modelo de la crisis de 1929 o del hundimiento de un ecosistema. Pero los modelos del historiador no son los del ingeniero. Aunque podemos tener mapas tanto de Dubái como de Nueva Delhi, la gestación de las dos ciudades es bien diferente: en un caso, el mapa precede a la ciudad; en el otro, al revés, la realidad precede al mapa. Nuestras instituciones poco tienen que ver, por ejemplo, con el modelo de trasplantes de órganos diseñado por el premio Nobel de Economía, Alvin Roth. Y lo que digo para el Estado de bienestar vale también para nuestros sistemas democráticos. Su configuración, casi siempre, es el resultado de circunstancias históricas, no de diseños optimizadores.

El fermento del populismo

Sobre ese paisaje de fondo hay que valorar la novedad del fenómeno populista. En cierto modo, es la consecuencia natural de un diseño institucional concebido para funcionar con

bajas exigencias cívicas o, para decirlo con menos elegancia, con ciudadanos infantilizados, irresponsables y egoístas, que piden subvenciones y se quejan de los impuestos, defienden el protocolo de Kioto mientras mantienen sus casas a temperaturas polares en verano, se proclaman cosmopolitas a la vez que miran con desconfianza al inmigrante convertido en vecino. Ciudadanos idiotas, en los dos sentidos de la palabra: ensimismados, concentrados en sí mismos, y en el más obvio.

De que las cosas son así, de la idiocia ciudadana, no faltan pruebas. La evidencia se ha incrementado en los últimos años. Vale la pena, aunque sea rápidamente, recordar algunos resultados recientes procedentes de distintas investigaciones. En algún caso, se trata de «fallos de racionalidad» que se extienden más allá de las decisiones políticas. Casi todos se refieren a Estados Unidos, pero no se ven corregidos por lo que sabemos de otros paísesLa literatura es abrumadora, no ceñida, siempre, a la irracionalidad política. Es obligado acordarse de la sistematización de Daniel Kahneman, *Pensar rápido, pensar despacio*, trad. de Barcelona, Debate, 2011. *Más ceñidos a la política, véanse Christopher Achen y Larry Bartels*, *Democracy for Realists. Why Elections do not Produce Responsive Government*, Princeton: Princeton University Press, 2016; George Lakoff, *Moral Politics. How Liberals and Conservative Think*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996; Michael X. Delli Carpini y Scott Keeter, *In Search of the Informed Citizen. What Americans Know about Politics and Why it Matters*, New Haven, Yale University Press, 1996*;* Cass Sunstein*, Going to extremes. How Like Minds Unite and Divide,* Oxford, Oxford University Press, 2009; Bryan Caplan, *El mito del votante racional. Por qué las democracias escogen malas políticas*, trad. de Miguel Vicuña, Madrid, Innisfree, 2016; Eli Pariser, *El filtro burbuja. Cómo la web decide lo que leemos y lo que pensamos,* trad. de Mercedes Vaquero, Barcelona, Taurus, 2017. Buena parte de lo que se expone a continuación está más desarrollado en Félix Ovejero, *¿Idiotas o ciudadanos?,* Barcelona, Montesinos, 2013..

1. Ignoracia básica. En 1992, el 86% de los estadounidenses conocían el nombre del perro de su presidente, pero apenas un 15% sabía que los dos candidatos eran partidarios de la pena de muerte. Un 30% no sabía quién gobernaba en la Casa Blanca, la mitad ignoraba que cada Estado tiene dos senadores y las tres cuartas partes desconocía la duración de su mandato. Una amplia mayoría ignoraba qué partido controla en congreso. Un 40% contra quién combatía su país en la Segunda Guerra Mundial y un 73% no tenía ni idea de qué era la Guerra Fría.

2. Sesgos cognitivos (de grupo) que incapacitan para el debate democrático: sesgo de confirmación, que conduce a sólo ser sensibles a la información compatible con las ideas propias; disposición a suscribir las opiniones del grupo, incluso contra la evidencia de los sentidos; voluntad de evitar entornos distintos a los de la propia tribu; tendencia a la

polarización que conduce a los individuos a recalar en la versión más fanatizada del punto de vista que comparten y que se amplifican en más direcciones: procesos de simplificación que se retroalimentan porque las opiniones se dan por buenas y no se someten a prueba asumiendo que, entre tantos, seguro que alguien se habrá encargado de fundamentarlas; acumulación de razones en favor de las ideas compartidas y nunca matizadas, contrapesadas o corregidas por otras contrarias; ambientes propicios a «calentarse la boca, a emulaciones para ver quién es más «consecuente», etc.

3. Sesgos estadísticos y de racionalidad que muestran nuestra incapacidad para ponderar la información o para articularla en inferencias correctas: ignoramos el tamaño de la muestra; errores de consistencia; focalización en detalles espurios; sobrevaloración de la información reciente o de la irrelevante (el quinto decimal). El racismo, la violencia doméstica o el abuso sexual entre religiosos son terrenos propicios a este tipo de sesgos. Y en ese mismo lote habría que incluir una larga lista de sesgos cognitivos, múltiples y recurrentes, estudiados sobre todo por los economistas: preferencia por el *statu quo* o *endowment effect*, descuento hiperbólico, efecto ancla, efecto denominación, etc. Si separo estos sesgos de los anteriores es porque funcionan sin la presencia del grupo.

4. Opiniones mal formadas, esto es, que no se forman por la vía epistémica correcta, con autonomía: preferencias adaptativas, cuando se reajustan los deseos a las posibilidades (las mujeres de la India contentas con su falta de derechos); preferencias contradaptivas, en la dirección contraria al grupo o al que nos cae mal (si el papa está contra la guerra, yo estoy a favor); disonancias cognitivas, etc. Mientras los sesgos anteriores afectaban a las creencias, a la base empírica, estos fallos de la racionalidad se refieren a las metas, los objetivos.

5. Marcos mentales que incapacitan para la evaluación. La presentación de las alternativas es mucho más importante que su contenido: nos resulta más difícil desprendernos de un billete que de una moneda por el mismo valor; nos mostramos dispuestos a pagar hasta un máximo de diez euros por cierto trabajo, aunque no aceptaríamos realizar ese mismo trabajo por doce euros; asistimos a un espectáculo público cuando hemos comprado la entrada a pesar de encontrarnos enfermos, aunque no haríamos lo mismo si nos hubieran regalado la entrada; un producto con la etiqueta de 95% libre de materia grasa funciona mejor que otro con la de 5% de grasa; no aceptaríamos el dinero de alguien en la cola de un cine por el doble de lo que cuesta la entrada, aunque nos iríamos a casa si de pronto se duplicara el precio. Los votantes no reaccionan igual si les dicen que una determinada medida sanitaria, que afecta a –es un suponer– a seiscientos individuos, salvará cuatrocientas vidas que si les dicen que no podrá impedir la muerte de doscientas, del mismo modo que no reacciona igual

el consumidor ante un producto 95% libre de grasa que ante uno que tiene 5% de grasa. Los mismos que están a favor del impuesto de sucesiones no lo están cuando se lo bautiza como «impuesto de muerte», el siniestro rótulo con que lo presentaban los conservadores. Se prefiere gastar en «ayudar a los pobres» que en «bienestar», en «tratar la adicción a las drogas» que en «rehabilitar drogadictos»; en hacer frente al «calentamiento global» que al «cambio climático». Por eso, los críticos de la ley del aborto se presentan como «provida», mientras que los abortistas se describen como partidarios de la «libertad de elección». La alternativa es la misma, pero el envoltorio decide. En otro caso, se trata de las metáforas cognitivas evaluadoras: la nación como familia; las relaciones personales como intercambios; los malos comportamientos como deudas, etc.

6. Desconocimiento de la teoría social. En nuestra intelección del mundo estamos instalados en una serie de «*folk theories*», de conjeturas espontáneas, unas veces sostenidas en nuestro cableado neuronal y otras en nuestro lenguaje natural, que, por más obvias –puro sentido común– que nos parezcan, resultan falsas, incompatibles con el conocimiento más elaborado que nos proporciona la ciencia. Unas veces cumplen funciones adaptativas y otras puramente sociales. Y, por lo mismo, no están orientadas a la verdad sino, en el mejor de los casos, a la utilidad. Así, decimos cosas como que «el sol sale», «los cuerpos pesan» o «un cuerpo sólido no puede atravesar otro sólido». En nuestra intelección de los procesos sociales también asumimos teorías «espontáneas». Sólo reparamos en el efecto inmediato e intuitivo de las acciones o, en otros casos, creemos que lo que vale para un individuo vale también para la sociedad. Algunas de esas (falsas) «teorías» parecen inmediatas y evidentes: que la economía es siempre un juego de suma cero en el que, si uno gana, es porque otro pierde; que los desequilibrios presupuestarios son insostenibles; que es bueno exportar y malo importar. Sin levantar tanto el vuelo teórico, sí que podemos destacar algunas de esas «intuiciones» que son el fermento de los populismos: la crítica al impuesto de sucesiones porque me «roban» mi casa, descuidando que, en la redistribución, también entraría la propiedad del potentado; el rechazo a los «extranjeros» en ambulatorios que se sostendrán con el trabajo de los extranjeros; la reclamación de protección del negocio local ineficiente sin tener en cuenta que, en poco tiempo, con una economía en crecimiento también le alcanzarán los beneficios; lamenta la desaparición de cierta «actividad de toda la vida», sustituida por otras más innovadoras, distintas o más eficientes, sin reparar en que, a la larga, podrá disponer de bienes mejores y más baratos.

Las novedades

El material humano descrito ha nutrido nuestras instituciones. Como decía, ni la ignorancia ni el egoísmo son condiciones suficientes del mal resultado. El mercado, en muchas ocasiones, nos muestra que basta una elemental racionalidad para que agentes egoístas y

desinformados (la información relevante está recogida en los precios) aseguren la eficiencia. Es sabido que con buenos sentimientos está empedrado el infierno y, también, que con el aceite del odio se engrasan muchas instituciones, que la desconfianza, bien encauzada, puede asegurar, por ejemplo, limpieza institucional. Pero ya se ha visto que, en el caso del modelo bienestarista, no hay razones para esperar los buenos resultados. En realidad, una serie de circunstancias coinciden para esperar lo peor, para que las patologías de la ignorancia se multipliquen. Las destaco independientemente, aunque operan entreveradas. Destacaré únicamente cuatro.

1. La globalización. Sus resultados, en general, han sido benéficos, pero sus efectos distributivos resultan equívocos. Muy en general, podría decirse que ha aumentado la riqueza y el bienestar de las sociedades, aunque, con frecuencia, ese aumento ha venido acompañado de una agudización de las desigualdades. En todo caso, desde el punto de vista del modelo descrito, lo más relevante es la dispar distribución de las consecuencias: hay perdedores inmediatos y hay beneficiarios genéricos a medio plazo. Aunque el balance global puede ser positivo, en el marco de la competencia política, esa circunstancia no importa. Cada cual percibe unas pérdidas reconocibles, mientras que los beneficios resultan más difusos. Las condiciones para la demanda populista están dadas. Los populistas, según Dani Rodrik, son los únicos que han entendido cabalmente su famoso trilema de la globalización, según el cual no hay modo de apostar a la vez por la globalización económica, la soberanía nacional y la democracia. Por lo general, descartan la globalización. De momento.

2. Las nuevas tecnologías de la información. La lógica del mercado político imponía programas de perfiles imprecisos, que no molestarán a nadie, y acumulativos: cartas a los Reyes Magos. Las preferencias de los votantes se tomaban como un dato y la oferta buscaba tropezar con ellas lo menos posible. Pero ahora las cosas han cambiado, y no para bien. Con ciento cincuenta *likes* en Facebook, los algoritmos pueden predecir nuestra personalidad mejor que nuestra pareja. Y con doscientos cincuenta, mejor que nosotros mismos. Puede disponer de cinco mil puntos de datos de cada potencial votante. Con esa información, el político puede ofrecer una variante personalizada de mensajes genéricos y, lo que es más interesante, reforzar ciertos puntos de vista, haciéndonos llegar artículos que nos reafirmen en cierto punto de vista. Pero hay más: Seth Stephens-Davidowitz, en su libro *Everybody Lies,* en el que explora las preferencias reales de los individuos a través de sus búsquedas en Google, «el suero digital de la verdad», señala que hay preferencias sucias, privadas, contrarias a la convivencia democrática, que sólo asoman por ahí. Las más miserables, las menos políticas. Esa bestia racista o sexista, sin complejos, que Donald Trump está en condiciones de explotar. Las condiciones para la oferta populista también están dadas.

3. Decisiones complejas y conocimiento competente. En las decisiones personales, mal que

bien, podemos anticipar mínimamente las consecuencias de nuestros actos. Si corro, me canso. Si bebo alcohol, me duele la cabeza. Si estudio, estoy en condiciones de aprobar. No siempre es así. En otras ocasiones la secuencia causal es menos inmediata o transparente. Mi acto de fumar hoy se relaciona imprecisamente con la enfermedad de mañana; el crédito que hoy solicito lo tendré que pagar en unas circunstancias inciertas que se parecen muy poco a las actuales y que no puedo anticipar; el joven no puede concebir el escenario de su jubilación. En los procesos sociales, como resultado de las interacciones, las cosas son todavía más complejas. Nadie dijo nunca «me voy para la Guerra de los Treinta Años». Buena parte de la teoría social, precisamente, busca indagar los efectos imprevistos, agregados, de las acciones de los sujetos. Imprevistos o contrarios a la intención inicial. La novedad es que, en nuestro mundo, como resultado de cambios tecnológicos, económicos y ambientales, esa dinámica se ha amplificado. Mi uso actual de un aerosol tendrá consecuencias de aquí a unos años sobre personas que están por nacer en otra parte del planeta. La hipoteca que solicita un pobre en Alabama afectará a mi plan de pensiones. Desentrañar esos procesos no es tarea sencilla. Lo que sí es fácil es acudir a «explicaciones» simples que el votante está deseando escuchar, entre ellas, por ejemplo, las teorías conspirativas. La opacidad facilita que la oferta populista facture relatos ajustados a la demanda.

4. El Estado-Nación. En ese caso no se trata de una novedad, sino de una institución que, en las nuevas circunstancias, deja de servir para abordar los problemas colectivos, y que más bien contribuye a complicarlos. Como el oxígeno que hace posible la combustión, el incendio. Tradicionalmente, los Estados nacionales se configuraron como unidades de justicia y de decisión. Todos los afectados participaban en las decisiones. Es el criterio de comunidad relevante. En la versión más idealizada, los ciudadanos intercambiamos argumentos, redistribuimos según criterios de justicia compartidos y nos sentimos comprometidos con las decisiones que hemos adoptado. Unos a otros nos otorgamos la elemental dignidad de ofrecernos razones, de darlas y de escucharlas. Tenemos la obligación de explicar nuestras propuestas y el derecho a esperar explicaciones de los demás. Es un saludable compromiso que, de algún modo, establece vínculos de responsabilidades. Con los extranjeros, eso no sucede. Al otro lado de las fronteras, en las relaciones entre Estados operan la fuerza y el interés desnudo. Una frontera es un límite al alcance de la democracia y de la justicia. En ese sentido, nuestras instituciones, por muy perfectas que sean, no retienen información sobre las necesidades o los deseos de los extranjeros. En realidad, nuestras democracias votan contra ellos. Lo que sucede es que, cuando los problemas son de alcance global, los mecanismos casuales son opacos y sobran los medios para alentar las bajas pasiones de los ciudadanos, es difícil evitar la tentación de utilizar la máquina del Estado-Nación de la peor manera. Las democracias nacionales, en un escenario global, rompen los frágiles vínculos que las decisiones ciudadanas pudieran mantener con los principios de justicia. Deja de

funcionar el criterio de comunidad relevante y los votos de unos se consiguen a costa de otros: afectados, pero sin voz.

Las respuestas Recupero aquí algunas propuestas expuestas más extensamente en Félix Ovejero, «Democracia: realidades y posibilidades», *España Constitucional (1978-2018)*, vol. II, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, pp. 1445-1462.

Circunstancias como las indicadas, seguramente, no son ajenas al renovado populismo. En todo caso, se consoliden o no las opciones populistas, lo que es seguro, y preocupante, es que nuestras instituciones políticas tienen serias dificultades para encarar los retos colectivos importantes. Algo que no ha pasado inadvertido. De hecho, ya existen instituciones que, de alguna manera, responden a cierto reconocimiento de los problemas mencionados. Es el caso de las llamadas instituciones contramayoritarias, como los Tribunales Constitucionales y, más recientemente, en un terreno más acotado, de los Bancos Centrales. Los Tribunales Constitucionales buscarían preservar ciertos principios (los consagrados en las Constituciones) de las decisiones suicidas de los votantes, de mayorías circunstanciales con vocaciones tiránicas; los Bancos Centrales responden a la necesidad de evitar la tentación del ciclo electoral, de proteger a las sociedades de la disposición de los gobiernos, cuando se acercan las elecciones, de entregarse a políticas expansivas (bajar impuestos, gasto público descontrolado, políticas monetarias alegres) a costa de las futuras generaciones que, obviamente, no están en condiciones de votar.

Algunos autores han propuesto ponderar el voto, de tal modo
que pese más el de los sabios, de los más santos o de los objetivamente comprometidos con las futuras generaciones

No me interesa ahora evaluar el éxito de las respuestas tradicionales, sino tan solo enmarcarlas dentro de los problemas que ha explotado el populismo. Para terminar, me limitaré a mencionar cuatro principios generales que inspiran a esas propuestas institucionales y algunas otras, más recientes, también orientadas a abordar algunas de las patologíasIngrid Daubechies, «Weighted Voting Systems»; Jason Brennan, *The Ethics of Voting,* Princeton, Princeton University Press, 2001; Cass Sunstein, *Paternalismo libertario. ¿Por qué un empujoncito?*, trad. de Martha Palacio Avendaño, Barcelona, Herder, 2017.. De distintas maneras, buscan limitar la democracia para evitar las tentaciones populistas, de los populistas y de los demás: como decía, en el fondo, todos son populistas porque no pueden dejar de serlo si aspiran a gobernarFélix Ovejero, «El populismo inevitable», *Claves de razón práctica*, núm. 244 (2016)..

1. Reducir la democracia. En lo esencial, estas propuestas buscan limitar o depurar las

decisiones para evitar las vocaciones suicidas de la voluntad popular. Aquí se incluyen los ejemplos mencionados. En algunos casos se opta por excluir ciertos ámbitos de decisión de la competencia política: las Constituciones rígidas, de complicada o imposible modificación; los Bancos Centrales con metas independientes de controles políticos, a los que se otorgan el control de decisiones (por ejemplo, en política monetaria). En otras ocasiones, se busca remansar, filtrar o darle dos vueltas a las decisiones mayoritarias: sucedería con los Tribunales Constitucionales, con algún grado de discrecionalidad legislativa en tanto que intérpretes de la Constitución, o con segundas cámaras en las que se concede un peso especial a la sabiduría o a la excelencia o a la territorialidad.

2. Reasignar (el peso de) los votos. Algunos autores (comenzando por John Stuart Mill y Friedrich Hayek) han propuesto ponderar el voto, de tal modo que pese más el de los sabios, de los más santos o de los objetivamente comprometidos (por interés o vocación) con las futuras generaciones (contaría más el voto de las mujeres con hijos que el de los ancianos). En el mismo sentido cabría interpretar las diversas formas de discriminación positiva, que buscan asegurar la voz de segmentos sociales desprotegidos. De diversa forma, estas propuestas buscan distorsionar la voluntad popular para que los resultados estén predeterminados, se parezcan a los que se juzgan correctos desde fuera del proceso democrático, *ex ante* con respecto a las votaciones.

3. Retirar el sufragio universal. Quien mejor ha defendido este punto de vista es Jason Brennan. Según éste, si la democracia es un método para seleccionar los mejores gobernantes o las mejores políticas, es razonable exigir que el voto esté informado y orientado hacia el interés común y, por ende, habría razones para dudar de la universalidad y la igualdad de voto. Más exactamente: aquellos ciudadanos que carecen de unas mínimas credenciales (conocimiento, racionalidad, virtud intelectual) deberían abstenerse de votar y ceder (vender) su voto a quienes sí reúnen tales credenciales mediante un mercado de votos. Según Brennan, el ciudadano no tiene un deber de votar; si acaso, si vota, tiene un deber de votar con conocimiento y compromiso con el interés común. Los ciudadanos que no cumplen unas mínimas exigencias tendrían una obligación moral de abstenerse y, si acaso, orientar sus disposiciones cívicas por otro lado. De alguna manera, estas propuestas no hacen más que extender el dominio de aplicación de la habitual que impide votar a menores de edad o discapacitados mentales.

4. Reconsiderar la neutralidad (liberal) del Estado. La discusión sobre la posibilidad o conveniencia de las intromisiones (para alentar valores cívicos) por parte del Estado es larga y compleja. Salvo excepciones, hay una general coincidencia en que la neutralidad absoluta es imposible: que, en todo caso, se trata de una cuestión de grado. Una vez que se admite esa imposibilidad, se buscaría encauzar las decisiones cargando más el peso de ciertas

opciones. La tesis general es que, habida cuenta de que hay que elegir, y la elección nunca se ofrece en unas imposibles condiciones ideales, neutrales, sea por la propia estructura (marco/*frame*) de decisión, sea por nuestras limitaciones cognitivas, habría que adoptar, por defecto, estructuras que propiciaran elecciones formadas en las mejores condiciones, con mayor autonomía, información o, si se quiere, directamente, más justificadas. O, simplemente, configurar diseños que nos asistan para decidir mejor, incluida la posibilidad de decidir no decidir.

En general, casi todas las propuestas optan por limitar la democracia, bien sea excluyendo de la competencia política ciertos asuntos o decisiones importantes, bien excluyendo los resultados «espontáneos» de la voluntad popular u otorgando capacidad (casi) legislativa a instituciones de complicada legitimidad democrática. En rigor, no se trata de respuestas al populismo, sino las patologías institucionales que el populismo explota.

Visto así, el problema importante no es el populismo, sino la incapacidad de nuestras instituciones para abordar los retos importantes de la vida colectiva. El populismo sería, si acaso, un subproducto no deseado, pero inevitable. Las propuestas, con todo, también tienen sus zonas de sombras. Que todas ellas pasen por limitar la democracia supone, por lo pronto, un motivo de preocupación intelectual acerca de la legitimidad de las instituciones, de quien decide los problemas y las soluciones. Pero también, y no hay que engañarse, un problema práctico y moral. Mal que bien, las democracias han permitido recoger los intereses de las clases populares. No es seguro que eso suceda con propuestas como las citadas. Desde luego, si nos tenemos que fiar de lo ya conocido y experimentado, con los Tribunales Constitucionales o los Bancos Centrales, no faltan motivos para la preocupación.

Félix Ovejero es profesor de Ética y Economía en la Universidad de Barcelona. Sus últimos libros son *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo* (Barcelona, Tusquets, 2005), *Contra Cromagnon. Nacionalismo, ciudadanía, democracia* (Barcelona, Montesinos, 2006), *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo, republicanismo* (Buenos Aires/Madrid, Katz, 2008), *La trama estéril. Izquierda y nacionalismo* (Mataró, Montesinos, 2011), *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia* (Barcelona, Montesinos, 2013), *El compromiso del creador. Ética de la estética* (Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014), *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria* (Barcelona, Montesinos, 2016) y *La deriva reaccionaria de la izquierda* (Barcelona, Página Indómita, 2018).